

*EUSEBIO DE CESAREA*

**HISTORIA  
ECLESIÁSTICA**

## LIBRO SEPTIMO

El libro séptimo de la *Historia eclesiástica* contiene lo siguiente <sup>1</sup>:

1. De la perversidad de Decio y de Galo.
2. Los obispos de Roma en tiempos de éstos.
3. De cómo Cipriano, con sus obispos, fue el primero que sostuvo la opinión de que debían ser purificados por el bautismo los que se convertían del error herético.
4. Cuántas cartas compuso Dionisio sobre este asunto.
5. De la paz tras la persecución.
6. De la herejía de Sabelio.
7. Del abominable error de los herejes, de la visión que Dios envió a Dionisio y de la regla eclesiástica que éste había recibido.
8. De la heterodoxia de Novato.
9. Del impío bautismo de los herejes.
10. De Valeriano y su persecución.
11. De lo que entonces ocurrió a Dionisio y a los de Egipto.
12. De los que murieron mártires en Cesarea de Palestina.
13. De la paz en tiempo de Galieno.
14. Los obispos que florecieron en aquel tiempo.
15. De cómo en Cesarea murió mártir Marino.
16. La historia de Astirio.

17. De las señales de la magnificencia de nuestro Salvador existentes en Paneas.
18. Del trono de Santiago.
19. De las cartas festales de Dionisio, en las cuales fija también un canon sobre la Pascua.
20. De qué sucedió en Alejandría.
21. De la enfermedad que sobrevino.
22. Del imperio de Galieno.
23. De Népote y su cisma.
24. Sobre el *Apocalipsis* de Juan.
25. De las cartas de Dionisio.
26. Sobre Pablo de Samosata y la herejía que suscitó en Antioquía.
27. De los obispos ilustres que eran célebres en aquel tiempo.
28. De cómo se rebatió a Pablo y se le excomulgó.
29. De la heterodoxa perversión de los maniqueos, iniciada entonces precisamente.
30. De los varones eclesiásticos que se han distinguido en nuestro tiempo y quiénes de ellos vivieron hasta el ataque a las iglesias.

#### [PRÓLOGO]

En la elaboración del libro séptimo de la *Historia eclesiástica* va a estar de nuevo con nosotros, con sus propias palabras, el gran <sup>2</sup> obispo de Alejandría Dionisio, contándonos sucesivamente, por medio de las cartas que nos dejó, cada uno de los hechos de su tiempo. Mi narración va a comenzar desde este punto.

# 1

## [DE LA PERVERSIDAD DE DECIO Y DE GALO]

A Decio, que no reinó el par de años completos, pues en seguida fue degollado junto con sus hijos, le sucede Galo <sup>3</sup>. En este tiempo muere Orígenes, cumplidos los sesenta y nueve años de su vida <sup>4</sup>. Dionisio, por su parte, escribiendo a Hermamón <sup>5</sup>, dice de Galo esto que sigue:

«Pero es que Galo ni reconoció el mal de Decio ni tuvo la precaución de examinar qué le derribó, sino que vino a estrellarse contra la misma piedra que estaba delante de sus ojos <sup>6</sup>. Cuando el imperio marchaba bien y los asuntos salían a pedir de boca, expulsó a los santos varones que ante Dios intercedían por su paz y por su salud, y, en consecuencia, junto con ellos, persiguió también a las oraciones hechas en su favor» <sup>7</sup>.

Esto, pues, acerca de Galo.

## [LOS OBISPOS DE ROMA EN TIEMPOS DE DECIO Y DE GALO]

En la ciudad de Roma, después que Cornelio ejerció el episcopado alrededor de tres años, se estableció como sucesor suyo a Lucio, que, sin embargo, vivió en su ministerio algo menos de ocho meses y, al morir, transmitió su cargo a Esteban<sup>8</sup>. A éste es al que Dionisio escribe la primera carta suya *Sobre el bautismo*<sup>9</sup>, ya que por entonces se había suscitado un importante problema, a saber, si había que purificar de nuevo con el bautismo a los que se convertían de una herejía cualquiera. Había prevalecido una costumbre antigua al menos: usar con estas gentes únicamente la oración con imposición de manos<sup>10</sup>.

### 3

[DE CÓMO CIPRIANO, CON SUS OBISPOS, FUE EL PRIMERO QUE SOSTUVO LA OPINIÓN DE QUE DEBÍAN SER PURIFICADOS POR EL BAUTISMO LOS QUE SE CONVERTÍAN DEL ERROR HERÉTICO]

Cipriano, pastor de la iglesia de Cartago <sup>11</sup> y primero <sup>12</sup> de los de entonces, creía que no había que admitir más que a quienes primeramente habían sido purificados del error mediante el bautismo. Pero Esteban, por su parte, juzgando que no había que añadir innovación ninguna contraria a la tradición que había prevalecido desde el principio, se enojó mucho con él <sup>13</sup>.

### 4

[CUÁNTAS CARTAS COMPUSO DIONISIO SOBRE ESTE ASUNTO]

Dionisio trató largamente del asunto con él por carta <sup>15</sup>, y al final, le muestra que, efectivamente, una vez calmada la persecución <sup>16</sup>, todas las iglesias de todas partes han rechazado la innovación de Novato y han recuperado la paz unas con otras. Escribe así:

## [DE LA PAZ TRAS LA PERSECUCIÓN]

1 «Pero sabe ahora, hermano, que se han unido todas las iglesias que anteriormente se hallaban separadas <sup>17</sup>, las de Oriente y las de más lejos todavía, y que todos los que las presiden en todas partes tienen el mismo sentir, gozosos en extremo por esta paz inesperada. Demetriano en Antioquía <sup>18</sup>, Teoctisto en Cesarea <sup>19</sup>, Mazabanes en Elia <sup>20</sup>, Marino en Tiro (por muerte de Alejandro) <sup>21</sup>, Heliodoro en Laodicea (fallecido Telimidro) <sup>22</sup>, Heleno en Tarso <sup>23</sup> y todas las iglesias de Cilicia, así como Firmiliano <sup>24</sup> y toda Capadocia. He nombrado solamente a los obispos más sobresalientes, para no alargar mi carta ni hacer pesado mi discurso.

2 «Las dos Sirias enteras y Arabia—a las que en todo momento habéis socorrido <sup>25</sup> y a las que ahora habéis escrito—, así como Mesopotamia, el Ponto y Bitinia, y, por decirlo en una palabra, todas, por todas partes, saltan de alegría y glorifican a Dios por esta concordia y amor fraterno».

3 Esto dice Dionisio. En cuanto a Esteban, tras haber cumpli-

do su ministerio durante dos años, le sucede Sixto <sup>26</sup>. Escribiendo a éste su segunda carta sobre el bautismo, Dionisio expone conjuntamente la opinión y la sentencia de Esteban y de los demás obispos. Acerca de Esteban dice lo siguiente:

4 «Había, pues, escrito él anteriormente acerca de Heleno y también de Firmiliano y de todos los de Cilicia, de Capadocia y, evidentemente, de Galacia y de todos los pueblos limítrofes, que en adelante no estaría en comunión con ellos, por esta misma razón, porque—decía—rebautizan a los herejes <sup>27</sup>.

5 »Y considera la magnitud del asunto, porque, en realidad, se habían tomado decisiones sobre esto en los más grandes concilios de obispos <sup>28</sup>, según mis informes, de manera que a los que provenían de las herejías se les hacía pasar previamente un catecumenado y luego se los lavaba y purificaba nuevamente de la suciedad de su antigua e impura levadura <sup>29</sup>. Y yo le escribí preguntándole sobre todos estos puntos».

6 Y después de otras cosas, dice:

«Y a nuestros amados copresbíteros Dionisio y Filemón <sup>30</sup>, que primeramente pensaban como Esteban y me escriben sobre los mismos asuntos, les he escrito brevemente primero y ahora con mucha más amplitud».

## [DE LA HEREJÍA DE SABELIO]

Y esto es lo que hay sobre la cuestión mencionada.

Pero cuando en la misma carta, hablando también de los herejes sabelianos <sup>31</sup>, señala que en su tiempo iban prevaleciendo, dice lo siguiente:

«Porque acerca de la doctrina surgida ahora en Tolemaida de Pentápolis <sup>32</sup>, doctrina impía y que contiene muchas blasfemias sobre el Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, y también mucha incredulidad por lo que se refiere a su Hijo unigénito, el primogénito de toda creación <sup>33</sup>, el Verbo hecho hombre, así como también falta de sensibilidad para el Espíritu Santo, como quiera que de todas partes me llegaban manifiestos y hermanos con intención de discutirlo, escribí algunas cosas conforme a mis posibles y con ayuda de Dios, explicándolas de una manera bastante didáctica, y de ellas te envió las copias».

[DEL ABOMINABLE ERROR DE LOS HIEREJES, DE LA VISIÓN QUE DIOS ENVIÓ A DIONISIO Y DE LA REGLA ECLESIASTICA QUE ÉSTE HABÍA RECIBIDO]

1 Y en la tercera de las cartas sobre el bautismo—la que el mismo Dionisio escribe a Filemón, presbítero de Roma <sup>34</sup>—, se expone lo siguiente:

«Yo también he leído las obras y las tradiciones de los herejes, y por breve tiempo he manchado mi alma con sus infames pensamientos, pero de ello he sacado esta ventaja: poder refutarlos por mí mismo y abominar de ellos con mucha más fuerza.

2 »En realidad, un hermano, uno de los presbíteros, me iba separando y me metía miedo, porque me dejaba envolver en el fango de la maldad de aquéllos; y es que, efectivamente, yo estaba mancillando mi propia alma y él, como he comprobado, decía verdad.

3 »Una visión enviada por Dios vino a darme fuerzas y una voz se dirigió a mí y me ordenó diciendo expresamente: 'Lee todo lo que caiga en tus manos <sup>35</sup>, pues te bastas para enmendar y probar cada cosa, y esto lo tienes desde el principio y fue causa de tu fe' <sup>36</sup>. Yo acepté la visión, que se avenía bien con la sentencia apostólica que dice a los más robustos: *Sed cambistas experimentados* <sup>37</sup>.

4 Luego, tras decir algunas cosas acerca de todas las herejías, añade:

«Yo recibí esta regla y este modelo de nuestro bienaventurado papa <sup>38</sup> Heraclas. Efectivamente, a los que provenían de las herejías, aunque se habían separado de la Iglesia—y con mayor razón a los que no se habían separado, pero que, siendo miembros de la congregación sólo en apariencia, en realidad se les achacaba estar en relación con alguno de los maestros herejes—, los expulsaba de la Iglesia y no los admitía, aunque se lo pidieran, hasta que hubiesen expuesto públicamente todo cuanto habían escuchado entre los adversarios; entonces los admitía a la asamblea, sin exigir para ellos un nuevo bautismo, puesto que ya habían recibido anteriormente de él el santo lavado» <sup>39</sup>.

5 Y de nuevo, tras haber discutido largamente el problema, añade lo que sigue:

«He aprendido también esto <sup>40</sup>: que no solamente los africanos han introducido ahora esta costumbre <sup>41</sup>, sino que esto mismo se decidió mucho antes, en tiempos de los obispos que nos han precedido en las iglesias más pobladas y en los concilios de los hermanos, en Iconio, en Sínade y en muchas partes <sup>42</sup>. No me atrevo a subvertir sus decisiones y hacerles entrar en liza y rivalidad, *porque*

no cambiarás de sitio, se dice, las lindes de tu vecino que tus padres pusieron»<sup>43</sup>.

6 La cuarta de sus cartas sobre el bautismo se la escribió a Dionisio de Roma, honrado entonces con el presbiterado, pero que no mucho después recibió también el episcopado de aquella iglesia. Por dicha carta se puede conocer cómo también éste era un hombre ilustrado y admirable, según lo atestigua Dionisio de Alejandría, quien, después de otras cosas, le escribe haciendo mención del asunto de Novato en los términos siguientes:

## 8

### [DE LA HETERODOXIA DE NOVATO]

«Porque a Novaciano<sup>44</sup> lo odiamos con razón, pues desgarró la Iglesia, arrastró a algunos hermanos a la impiedad y a la blasfemia, deslizó, además, una enseñanza sacrílega sobre Dios<sup>45</sup>, calumnió a nuestro bondadosísimo Señor Jesucristo acusándole de ser despiadado<sup>46</sup> y, por añadidura de todo lo dicho, anulaba el santo bautismo<sup>47</sup>, subvertía la fe y la confesión<sup>48</sup> que le preceden, y expulsaba por completo de los mismos al Espíritu Santo, aun cuando había alguna esperanza de que permaneciese o incluso de que volviese a ellos».

## [DEL IMPÍO BAPTISMO DE LOS HEREJES]

1 También su quinta carta la escribió al obispo de Roma Sixto. En ella, después de decir muchas cosas contra los herejes, expone en los términos siguientes algo ocurrido en su tiempo:

«Porque, de hecho, hermano, también yo necesito consejo y pido tu parecer para un asunto importante que se me ha presentado y temo equivocarme:

2 »Efectivamente, uno de los hermanos admitidos a la comunión, fiel antiguo, según creíamos, formaba parte de la asamblea ya antes de mi ordenación—y antes de instalarse el bienaventurado Heraclas <sup>49</sup>—, hallándose junto a los recién bautizados, y habiendo escuchado las preguntas y las respuestas <sup>50</sup>, se acercó a mí llorando y lamentándose. Cayó a mis pies, y confesaba y juraba que el bautismo con que había sido bautizado entre los herejes no era éste ni tenía en absoluto nada en común con él, puesto que aquél estaba lleno de impiedad y blasfemias.

3 »Y decía que ahora tenía el alma enteramente traspasada por el dolor y que no se atrevía siquiera a levantar los ojos hacia Dios, habiendo tenido comienzo en aquellas palabras y prácticas sacríle-

gas, y por esto pedía poder obtener esta purificación, esta acogida, esta gracia purísima<sup>51</sup>.

4 »Esto precisamente es lo que yo no osé hacer, y le dije que le bastaba para esto la comunión en que estaba admitido desde hacía tan largo tiempo. Yo, efectivamente, no podría atreverme a reconstruir desde los comienzos<sup>52</sup> a uno que ha escuchado la Eucaristía, ha respondido con los otros el *Amén*<sup>53</sup>, ha estado ante la mesa de pie, ha tendido sus manos para recibir el sagrado alimento, lo ha recibido y durante bastante tiempo ha participado en el cuerpo y en la sangre de nuestro Señor. Y le exhortaba a tener ánimo y a acercarse a participar de las cosas santas con fe segura y buena esperanza.

5 »Pero él no cesa de llorar y tiembla de acercarse a la mesa, y apenas si, tras muchos ruegos, sufre el acompañarnos de pie en las oraciones»<sup>54</sup>.

6 Además de las cartas antedichas, se conserva también de él otra sobre el bautismo, que él y la comunidad que gobernaba dirigen a Sixto y a la iglesia de Roma. En ella expone la doctrina acerca del problema planteado, por medio de una prolija demostración. Y también se conserva de él, después de éstas, otra dirigida a Dionisio de Roma, la que trata sobre Luciano<sup>55</sup>. Esto es lo que hay sobre ellos.

## [DE VALERIANO Y SU PERSECUCIÓN]

1 Galo y su equipo, después de haber retenido el mando casi dos años, fueron derrocados, y les sucedieron en el gobierno Valeriano y su hijo Galieno <sup>56</sup>.

2 Otra vez, pues, nos es dado conocer lo que de él cuenta Dionisio por la carta dirigida a Hermamón <sup>57</sup>, en la cual lleva su narración de la siguiente manera:

«Y también a Juan le fue revelado igualmente: *Y se le dio, dice, una boca que profiere grandezas y blasfemias, y le fueron dados poder y cuarenta y dos meses* <sup>58</sup>.

3 »Pero ambas cosas <sup>59</sup> son de admirar en Valeriano, y sobre todo se ha de considerar cómo era al principio, qué favorable y benevolente para con los hombres de Dios, porque, antes de él, ningún otro emperador, ni siquiera los que se dice que abiertamente fueron cristianos <sup>60</sup>, tuvo una disposición tan favorable y acogedo-

ra. Al comienzo los recibía con una familiaridad y una amistad manifiestas, y toda su casa estaba llena de hombres piadosos y era una iglesia de Dios<sup>61</sup>.

4 »Pero el maestro y jefe supremo de los magos de Egipto<sup>62</sup> logró persuadirle a que se desembarazase de ellos, y le ordenaba matar y perseguir a los puros y santos varones, porque eran contrarios y obstáculo de sus infames y abominables encantamientos (pues son, efectivamente, y eran capaces, con su presencia y con su vista, e incluso únicamente con su respiración y el sonido de su voz, de destruir las asechanzas de los pestíferos demonios)<sup>63</sup>, y le sugería realizar iniciaciones impuras<sup>64</sup>, sortilegios abominables y ritos de mal auspicio, así como degollar a míseros niños, inmolar a hijos de padres infortunados, abrir entrañas de recién nacidos y cortar y despedazar las criaturas de Dios, como si por todo esto hubieran de ser felices».

5 Y a esto añade lo siguiente:

«En consecuencia, Macriano les ofreció<sup>65</sup> buenos sacrificios de acción de gracias por el imperio que esperaba. El, que en un principio había estado al frente de las cuentas universales<sup>66</sup> del empe-

rador, no tuvo un solo pensamiento razonable ni universal, sino que cayó bajo la maldición del profeta que dice: *¡Ay de los que profetizan desde su propio corazón y no miran lo universal!* 67

6 »Y es que no comprendió la providencia universal ni temió el juicio del que está antes que todo, a través de todo y sobre todo 68, por lo cual se convirtió en enemigo de su Iglesia universal, se hizo ajeno y se desterró a sí mismo de la misericordia de Dios, y huyó lejísimos de su propia salvación, mostrando en ello la verdad de su propio nombre» 69.

7 Y después de otras cosas vuelve a decir:

«Valeriano, efectivamente, inducido por éste a tales excesos, se vio objeto de insultos y ultrajes 70, según la sentencia de Isaías: *Y éstos escogieron para sí los caminos y las abominaciones que su alma quiso; pues yo me escogeré sus burlas y he de recompensarles sus pecados* 71.

8 »Macriano 72, en cambio, enloquecía por el imperio, a pesar de no merecerlo; y no pudiendo revestir él los ornamentos imperiales en su cuerpo contrahecho, propuso a sus dos hijos, que así recibieron los pecados paternos, pues fue bien clara en ellos la predicción hecha por Dios: *Yo, que castigo los pecados de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian* 73.

9 »En efecto, al arrojar sus propios malvados deseos, que se

habían frustrado, sobre las cabezas de sus hijos, también les transfirió su propia maldad y su odio a Dios»<sup>74</sup>.

Y esto es lo que Dionisio dice sobre Valeriano.

## II

[DE LO QUE OCURRIÓ A DIONISIO Y A LOS DE EGIPTO  
EN LA PERSECUCIÓN]

1 En cambio, por lo que hace a la persecución de su tiempo, que arreciaba terriblemente, sus propias palabras, dirigidas contra Germán<sup>75</sup>, un obispo de su tiempo, que intentaba difamarle, declaran cuánto tuvieron que soportar él y otros con él por causa de su piedad para con el Dios del universo. Lo expone de la siguiente manera:

2 «Sin embargo, realmente corro el peligro de caer en gran locura y estupidez si me veo obligado<sup>76</sup> a exponer la admirable dispensación de Dios para con nosotros. Mas como quiera *que es bueno —dice— ocultar el secreto del rey, pero glorioso revelar las obras de Dios*<sup>77</sup>, saldré al paso de la violencia de Germán.

3 »Yo no vine solo ante Emiliano<sup>78</sup>, sino que me acompañaban mi copresbítero Máximo<sup>79</sup> y los diáconos Fausto<sup>80</sup>, Eusebio<sup>81</sup> y

Queremón<sup>82</sup>; y con nosotros entró uno de los hermanos de Roma allí presentes<sup>83</sup>.

4 »Y Emiliano no me dijo de buenas a primeras: 'No tengas reuniones', porque esto resultaba superfluo y lo último para él, que iba derecho al grano. Porque, para él, la cuestión no era el que nos reuniésemos con otros, sino el que tampoco nosotros mismos fuésemos cristianos, y por eso nos intimaba a dejar de serlo, pensando que, si yo cambiaba de parecer, también los demás me seguirían.

5 »Pero yo di una respuesta que no se diferenciaba mucho ni se alejaba del *¡Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres!*<sup>84</sup>, y abiertamente atestigüé que yo adoro al Dios único y a ningún otro, y que jamás cambiaría de parecer ni dejaría de ser cristiano. Entonces nos ordenó marchar a una aldea cercana al desierto, llamada Cefró<sup>85</sup>.

6 »Pero escuchad lo que uno y otro dijeron, tal como fue registrado<sup>86</sup>. 'Introducidos Dionisio, Fausto, Máximo, Marcelo y Queremón<sup>87</sup>, Emiliano, que ejerce de gobernador, dijo: ... y verbalmente<sup>88</sup> conversé con vosotros acerca de la humanidad que nuestros señores emplean con vosotros.

7 »Efectivamente, os han dado el poder salvaros, con tal de que queráis volver a lo que es conforme a la naturaleza, adorar a los dioses salvadores de su imperio y olvidaros de lo que va contra

naturaleza. ¿Qué decís, pues, a esto? Porque yo espero de vosotros que no seréis unos ingratos para con esa su humanidad, puesto que os están exhortando a lo mejor'.

8 »Dionisio respondió <sup>89</sup>: 'No todos adoran a todos los dioses, sino que cada uno adora a los que creen que lo son, y así nosotros rendimos culto y adoramos al único Dios y creador de todas las cosas, el que puso también el imperio en manos de los augustos Valeriano y Galieno, amadísimos de Dios, y a él dirigimos continuamente nuestras súplicas por el imperio, con el fin de que permanezca inmovible' <sup>90</sup>.

9 »Emiliano, que ejerce de gobernador, dijo: 'Pues ¿quién os impide adorar también a éste, si es que es Dios, con los dioses que lo son por naturaleza? Porque se os manda dar culto a los dioses, y dioses que todo el mundo conoce'. Dionisio respondió: 'Nosotros no adoramos a ningún otro'.

10 »Emiliano, que ejerce de gobernador, dijo: 'Estoy viendo que vosotros sois no sólo ingratos, sino también insensibles a la mansedumbre de nuestros augustos; por lo cual no vais a quedaros en esta ciudad, sino que seréis deportados a las regiones de Libia, a un lugar llamado Cefró <sup>91</sup>; es el sitio que escogí, por mandato de nuestros augustos, y de ninguna manera os estará permitido, ni a vosotros ni a ningún otro, hacer reuniones o entrar en los llamados cementerios <sup>92</sup>.

**11** «Ahora bien, si apareciese que alguno no se ha personado en el lugar que le mandé<sup>93</sup> o fuese hallado en reunión con alguien, sobre sí mismo tendrá suspendido el peligro, pues no ha de faltar la necesaria vigilancia. Retiraos, pues, a donde se os ha mandado<sup>94</sup>.

»Y, a pesar de que me hallaba enfermo, me obligó a salir apresuradamente, sin dar siquiera la demora de un día. ¿Qué tiempo tenía yo, pues, para convocar o no convocar una reunión?»<sup>95</sup>

**12** Luego, después de otras cosas, dice:

«Sin embargo, con la ayuda de Dios, ni siquiera de la reunión visible nos abstuvimos, sino que, por una parte, ponía gran empeño en reunir a los de la ciudad como si yo estuviera con ellos: *Ausente con el cuerpo—dice—mas presente con el espíritu*<sup>96</sup>; y por otra parte, a Cefró vino a habitar con nosotros una iglesia numerosa, pues unos hermanos nos seguían de la ciudad y otros se nos juntaban desde Egipto.

**13** »Y allí mismo Dios nos abrió una puerta a la palabra<sup>97</sup>. Al principio, es cierto, nos persiguieron y apedrearon, pero luego algunos paganos, bastantes, dejaron los ídolos y se convirtieron a Dios. Anteriormente nunca habían recibido la palabra, y sólo entonces se sembraba entre ellos por primera vez, gracias a nosotros.

**14** »Es como si Dios nos hubiera conducido hasta ellos por esta causa, pues así que hubimos cumplido este ministerio<sup>98</sup>, de nuevo nos alejó.

»Efectivamente, Emiliano quiso trasladarnos a lugares al pare-

cer más ásperos y más líbicos <sup>99</sup> aún, y mandó que los de todas partes confluyeran en la Mareota, después de asignar a cada uno una aldea de la región. Pero a nosotros nos colocó más bien en el camino, para prendernos también los primeros. Porque era evidente que lo iba disponiendo y preparando de modo que, cuando quisieran prendernos a todos, nos pudieran tener bien a mano.

15 »Yo, por mi parte, cuando se me ordenó partir para Cefró, por más que ignoraba en qué dirección se hallaba este lugar, pues casi ni el nombre había oído anteriormente, sin embargo, incluso partía animoso y tranquilo. Pero cuando se me anunció que debía trasladarme a la región de Colución <sup>100</sup>, los que se hallaban presentes saben cómo me afectó (pues aquí he de acusarme a mí mismo).

16 »Al pronto me molestó y lo llevé demasiado a mal, porque, aunque daba la casualidad de que esos lugares nos eran más conocidos y familiares, sin embargo, se afirmaba que la región carecía de cristianos y de hombres honrados, y que, en cambio, se hallaba expuesta a las molestias de los viandantes y a las incursiones de los salteadores.

17 »Logré, sin embargo, consolarme al recordarme los hermanos que se hallaba más cercana a la ciudad y que, si bien Cefró nos había aportado numerosas relaciones con los hermanos venidos de Egipto, hasta el punto de poder tener asambleas más amplias, allí, empero, con la ciudad más cerca, íbamos a gozar más frecuentemente de la vista de los que verdaderamente eran amadísimos y de la mayor intimidad y amistad, porque ellos vendrían y se hospedarían,

y como en los barrios bastante apartados, habría reuniones parciales <sup>101</sup>, y así sucedió».

**18** Y después de otras cosas todavía escribe lo siguiente acerca de lo que a él le sucedió:

«¡De muchas confesiones <sup>102</sup> se jacta Germán! Al menos puede decir que es mucho lo que hubo contra él, tanto cuanto puede enumerar de nosotros: sentencias, confiscaciones, proscripciones, despojo de los bienes <sup>103</sup>, destitución de dignidades, indiferencia por la gloria mundana, desprecio de alabanzas de gobernantes y senadores, incluso de los contrarios, y el soportar amenazas, gritos hostiles, peligros, persecuciones, vida errante, angustias y toda clase de tribulaciones <sup>104</sup>, las mismas que me sucedieron bajo Decio y Sabino <sup>105</sup> y hasta ahora bajo Emiliano.

**19** »Sin embargo, ¿dónde apareció Germán? ¿Qué documento hay sobre él? <sup>106</sup> Pero bueno, estoy cansado de esta gran locura en que voy cayendo <sup>107</sup> por culpa de Germán: y por lo mismo desisto también de dar a los hermanos, que ya lo saben, explicación detallada de los acontecimientos».

**20** Y el mismo Dionisio, en la carta a Domecio y a Dídimo <sup>108</sup>, vuelve a mencionar los sucesos de la persecución en estos términos:

«Pero es superfluo haceros lista nominal de los nuestros, que

son muchos y no los conocéis; sabe, con todo, que hombres y mujeres, jóvenes y viejos, doncellas y ancianos, soldados y civiles, y todo sexo y toda edad <sup>109</sup>, vencedores en la lucha, unos por azotes y fuego y otros por el hierro, todos recibieron sus coronas.

**21** »A otros, en cambio, no les ha bastado un tiempo bastante largo para aparecer aceptables al Señor <sup>110</sup>. Tampoco a mí hasta el presente, por lo que se ve, por lo cual me ha reservado para el momento oportuno que bien conoce el mismo que dice: *En tiempo aceptable te escuché y en día de salvación te socorri* <sup>111</sup>.

**22** »Puesto que preguntáis por nuestra situación y queréis que os informe de cómo vamos marchando, seguramente ya oísteis cómo nos conducían prisioneros un centurión y oficiales con los soldados y criados que iban con ellos, a mí y a Cayo, Fausto, Pedro y Pablo, y presentándose algunas gentes de Mareota, nos arrebataron, bien a pesar nuestro, arrastrándonos por la fuerza al negarnos a seguirlos <sup>112</sup>.

**23** »Y ahora yo, Cayo y Pedro, los tres solos <sup>113</sup>, nos hallamos encerrados en un paraje desierto y árido de Libia, huérfanos de los demás hermanos, apartados de Paretonio tres días de camino».

**24** Y algo más abajo sigue diciendo:

«Sin embargo, en la ciudad <sup>114</sup> se hallan escondidos y visitan en secreto a los hermanos, de una parte, los presbíteros Máximo, Dióscoro, Demetrio y Lucio—ya que los más conocidos en el mun-

do, Faustino y Aquilas, andan errantes por Egipto—, y de otra, los diáconos que sobrevivieron a los que murieron en la isla <sup>115</sup>: Fausto, Eusebio y Queremón. Eusebio es aquel a quien Dios fortaleció <sup>116</sup> y preparó desde el principio para cumplir arduosamente el servicio a los confesores encarcelados y llevar a cabo, no sin peligro, el enterramiento de los cuerpos de los perfectos y santos mártires.

**25** »Efectivamente, incluso hasta el presente, el gobernador no deja de dar cruel muerte, como dije antes, a algunos de los que a él son conducidos, de desgarrar a los otros en torturas y de consumir en cárceles y prisiones al resto, ordenando que nadie se les acerque, e indagando si alguien aparece. Y, sin embargo, Dios no cesa de aliviar a los oprimidos, gracias al ánimo y perseverancia de los hermanos».

**26** Esto narra Dionisio. Pero se ha de saber que Eusebio, al que él llamó diácono, poco después fue instituido obispo de Laodicea de Siria <sup>117</sup>. En cuanto a Máximo, que entonces dice que era presbítero, sucedió a Dionisio mismo en el ministerio de los hermanos de Alejandría <sup>118</sup>, mientras que Fausto, que en aquel momento se distinguió junto con él por su confesión, sobrevivió hasta la persecución de nuestros días y, muy anciano ya y lleno de días <sup>119</sup>, ha consumado su martirio en nuestro tiempo <sup>120</sup>, decapitado. Tal sucedió a Dionisio en aquel tiempo.

## [DE LOS QUE MURIERON MÁRTIRES EN CESAREA DE PALESTINA]

En la mentada persecución de Valeriano <sup>121</sup>, tres fueron los que en Cesarea de Palestina <sup>122</sup> sobresalieron por su confesión de Cristo y, arrojados como pasto a las fieras, se adornaron con el divino martirio. Uno de ellos se llamaba Prisco, el otro Malco y el tercero Alejandro. Se dice <sup>123</sup> que éstos vivían en el campo y que primero se acusaron a sí mismos de negligencia y cobardía por mostrarse indiferentes a los premios que la ocasión repartía a los que ardían de celeste deseo y por no arrebatarse anticipadamente la corona del martirio; y que después de haber deliberado así, se encaminaron a Cesarea, se presentaron ante el juez y lograron para su vida el final que acabamos de decir. También cuentan que, además de éstos, durante la misma persecución y en la misma ciudad, una mujer sostuvo el mismo combate; pero una tradición <sup>124</sup> afirma que ésta era de la herejía de Marción.

[DE LA PAZ EN TIEMPO DE GALIENO]

Pero no mucho después, mientras Valeriano sufría la esclavitud entre los bárbaros, empezó a reinar solo su hijo <sup>125</sup> y gobernó con mayor sensatez. Inmediatamente puso fin, mediante edictos, a la persecución contra nosotros <sup>126</sup>, y ordenó por un rescripto <sup>127</sup> a los que presidían la palabra que libremente ejercieran sus funciones acostumbradas. El rescripto rezaba así:

«El emperador César Publio Licinio Galieno Pío Félix Augusto, a Dionisio, Pina, Demetrio y a los demás obispos: He mandado que el beneficio de mi don se extienda por todo el mundo, con el fin de que se evacue los lugares sagrados y por ello también podáis disfrutar de la regla contenida en mi rescripto, de manera que nadie pueda molestaros. Y aquello que podáis recuperar, en la medida de lo posible, hace ya tiempo <sup>128</sup> que lo he concedido. Por lo cual, Aurelio Cirinio, que está al frente de los asuntos supremos <sup>129</sup>, mantendrá cuidadosamente la regla dada por mí» <sup>130</sup>.

Quede inserto aquí, para mayor claridad, este rescripto, tradu-

cido del latín. Se conserva también, del mismo emperador, otra ordenanza que dirigió a otros obispos y en que permite la recuperación de los lugares llamados cementerios.

## 14

[LOS OBISPOS QUE FLORECIERON EN TIEMPOS DE GALIENO]

En este tiempo, Sixto seguía todavía rigiendo la iglesia de Roma <sup>131</sup>; Demetriano, en cambio, la de Antioquía, a continuación de Fabio; y Firmiliano, la de Cesarea de Capadocia; además de éstos, regían las iglesias del Ponto, Gregorio y su hermano Atenodoro, discípulos de Orígenes. Por lo que atañe a Cesarea de Palestina, muerto Teoctisto, recibe en sucesión el episcopado Domno, pero, habiendo éste sobrevivido breve tiempo, fue instituido sucesor Teotecno, contemporáneo nuestro, que también era de la escuela de Orígenes. Pero también en Jerusalén, muerto Mazabanes, recibe en sucesión el trono <sup>132</sup> Himeneo, el mismo que ha brillado muchísimos años en nuestra época.

## 15

[DE CÓMO EN CESAREA MURIÓ MÁRTIR MARINO]

I Por estos años <sup>133</sup>, a pesar de que en todas partes las iglesias tenían paz, en Cesarea de Palestina fue decapitado por haber dado testimonio de Cristo un tal Marino, que pertenecía a los altos car-

gos del ejército y se distinguía por su linaje y sus riquezas. La causa fue la siguiente:

2 Entre los romanos hay una insignia de honor: el sarmiento <sup>134</sup>, y dicen que quienes lo alcanzan se convierten en centuriones. Habiendo vacante una plaza, el escalafón designaba a Marino para este ascenso. Ya estaba a punto de recibir el honor cuando se presentó ante el tribunal otro afirmando que, según las antiguas leyes, Marino no podía tomar parte en las dignidades romanas, puesto que era cristiano y no sacrificaba a los emperadores <sup>135</sup>, y que el cargo le correspondía a él.

3 Ante esto, el juez (que era Aqueo) se sintió turbado y empezó por preguntar a Marino qué pensaba él, pero cuando vio que éste insistía en confesar que era cristiano, le concedió el plazo de tres horas para que reflexionara.

4 Hallándose fuera del tribunal, se le acercó Teotecno, obispo del lugar, y le apartó para conversar y, tomándole por la mano, lo condujo a la iglesia; una vez dentro, lo plantó delante del mismo santuario y, levantándole un poco la clámide, le señaló su espada, que colgaba, a la vez que le presentaba y le contraponía la Escritura de los divinos Evangelios, mandándole que entre las dos cosas escogiera la que le pareciese. Pero él, sin vacilar, extendió la derecha y tomó la divina Escritura. «Mantente, pues—le dice Teotecno—, mantente aferrado a Dios y ojalá alcances, fortalecido por El <sup>136</sup>, lo que has escogido. Vete en paz».

5 Salió al punto de allí. Un pregonero lanzaba ya su grito llamándole de nuevo ante el tribunal. Efectivamente, se había cumplido ya el plazo previamente fijado. Presentóse entonces ante el juez y, mostrando un entusiasmo todavía mayor por su fe, en seguida, tal como estaba, se le condujo al suplicio y fue ejecutado.

## 16

### [LA HISTORIA DE ASTIRIO]

Allí también <sup>137</sup> se recuerda a Astirio por su gran franqueza, agradable a Dios. Era miembro del senado romano, favorito de los emperadores y de todos conocido por su noble linaje y por su hacienda. Se hallaba presente cuando se ejecutaba al mártir, y, arrimando su hombro, levantó el cadáver sobre su espléndida y rica vestidura y se lo llevó para enterrarlo con gran magnificencia y darle digna sepultura. Los allegados y conocidos de este hombre que han sobrevivido hasta nosotros recuerdan otras innumerables hazañas suyas, incluida la que sigue, portentosa.

## 17

En Cesarea de Filipo, que los fenicios llaman Paneas, se dice que, en las fuentes que allí se muestran, al pie de la montaña llamada Paneión, y de las cuales nace el Jordán, cierto día de fiesta se arroja una víctima inmolada, y ésta, por virtud del demonio, se hace

invisible de modo prodigioso. El hecho resulta maravilla famosa para los que se hallan presentes. Pues bien, una vez asistía a la operación Astirio y, contemplando a la muchedumbre afectada por el hecho, se compadeció de su error, y levantando los ojos al cielo suplicó por Cristo al Dios que está sobre todas las cosas <sup>139</sup> que confundiera al demonio extraviador del pueblo y le hiciera dejar de engañar a los hombres. Y se cuenta que así que hubo orado él de ese modo, la víctima comenzó a sobrenadar en las fuentes y de esta manera cesó para ellos el prodigio y ya no se dio en adelante ningún milagro en torno al lugar.

## 18

[DE LAS SEÑALES DE LA MAGNIFICENCIA DE NUESTRO SALVADOR  
EXISTENTES EN PANEAS]

1 Mas ya que hemos hecho mención de esta ciudad, creo que no es justo pasar por alto un relato digno de memoria incluso para nuestros descendientes. En efecto, la hemorroísa, que por los *Evangélicos* <sup>140</sup> sabemos que encontró la curación de su mal por obra de nuestro Salvador, se dice que era oriunda de esa ciudad y que en ella se enseña su casa, y que aún subsisten monumentos admirables de la buena obra realizada por el Salvador en ella:

2 Efectivamente, sobre una piedra alta, delante de las puertas de su casa, se alza una estatua de mujer, en bronce, con una rodilla doblada y con las manos tendidas hacia adelante como una suplican-

te; y enfrente de ésta, otra del mismo material, efigie de un hombre en pie, revestido pulcramente con un manto y tendiendo su mano hacia la mujer; a sus pies, sobre la misma estela, brota una extraña especie de planta, que sube hasta la orla del manto de bronce y resulta un antídoto contra toda clase de enfermedades.

3 Esta estatua dicen que reproducía la imagen de Jesús. Se conservaba hasta nuestros días, como lo hemos comprobado de vista nosotros mismos, de paso en aquella ciudad <sup>141</sup>.

4 Y no es extraño que hayan hecho esto aquellos paganos de otro tiempo que recibieron algún beneficio de nuestro Salvador, cuando hemos indagado que se conservan pintadas en cuadros las imágenes de sus apóstoles Pablo y Pedro, e incluso del mismo Cristo, cosa natural, pues los antiguos tenían por costumbre honrarlos de este modo, llanamente, como a salvadores, según el uso pagano vigente entre ellos <sup>142</sup>.

## 19

[DEL TRONO DE SANTIAGO]

El trono de Santiago, primero que recibió del Salvador y de los apóstoles el episcopado de la iglesia de Jerusalén y al que los libros divinos llaman incluso hermano de Cristo <sup>143</sup>, ha sido preservado

hasta hoy. Los hermanos del lugar han venido rodeándolo de cuidados en las sucesivas generaciones y claramente muestran a todos qué veneración conservan los antiguos y siguen conservando los de hoy para con los santos varones, por ser amados de Dios <sup>144</sup>.

De esto basta ya.

## 20

[DE LAS «CARTAS FESTALES» DE DIONISIO, EN LAS CUALES FIJA TAMBIÉN  
UN CANON SOBRE LA PASCUA]

Por lo que hace a Dionisio, además de las cartas suyas mencionadas <sup>145</sup>, compuso por aquel tiempo otras que todavía se conservan: las festales <sup>146</sup>. En ellas enarbola palabras mucho más solemnes acerca de la fiesta de la Pascua. Una va dirigida a Flavio <sup>147</sup>, y otra a Domecio y Dídimo <sup>148</sup>, en la cual propone incluso un canon de ocho años, alegando que no conviene celebrar la fiesta de la Pascua más que después del equinoccio de primavera <sup>149</sup>. Además de estas cartas escribió también otra a sus copresbíteros de Alejandría, y a la vez a otras personas en términos sobresalientes; éstas cuando todavía duraba la persecución.

## [DE LO QUE SUCEDIÓ EN ALEJANDRÍA]

1 Apenas se había restablecido la paz, y ya estaba de regreso en Alejandría; pero habiendo estallado de nuevo allí una sedición y una guerra, de modo que no le era posible visitar a todos los hermanos de la ciudad, divididos como estaban en uno y otro bando de la sedición, una vez más, en la fiesta de Pascua <sup>150</sup>, desde la misma Alejandría, igual que si estuviera al otro lado de la frontera, entró en comunicación con ellos por carta.

2 Y escribiendo también después de esto a Hieraco <sup>151</sup>, un obispo de Egipto <sup>152</sup>, otra carta festal, menciona la rebelión de los alejandrinos de su tiempo en estos términos:

«Y en cuanto a mí, ¿por qué admirarse de que me sea penoso comunicar incluso por carta con los que moran más lejos, siendo así que hasta el conversar conmigo mismo y deliberar con mi propia alma se me hace imposible?

3 »Lo cierto es que, en relación con mi propia entraña <sup>153</sup>, esto es, con los hermanos que comparten mi techo y mis sentimientos, ciudadanos también de mi misma iglesia, necesito de correspondencia epistolar, y aun ésta no veo cómo arreglarme para transmitirla, porque le sería más fácil a uno atravesar, no digo ya más allá de la

frontera, sino incluso de Oriente a Occidente, que llegarse a Alejandría desde la misma Alejandría;

4 »pues más vasta y más impracticable que aquel enorme y no hollado desierto que Israel recorrió en dos generaciones <sup>154</sup> es la calle más céntrica de la ciudad. Y del mar que, partido y separado por dos muros, aquéllos encontraron vadeable para sus caballos, mientras los egipcios eran anegados en la misma senda <sup>155</sup>, son imagen los puertos apacibles y sin oleaje, pues muchas veces, por los asesinatos en ellos cometidos, aparecen igual que un mar Rojo <sup>156</sup>.

5 »Y el río que baña la ciudad, unas veces se le ha visto más reseco que el sediento desierto y más árido que aquel en que, al atravesarlo, tanta sed pasó Israel, que Moisés gritó suplicando y por obra del único que hace maravillas <sup>157</sup> brotó bebida para ellos de un risco <sup>158</sup>;

6 »y otras veces, en cambio, tanto se desbordó, que inundó toda la contornada, las calles y los campos, hasta amenazar con la avenida de las aguas de los tiempos de Noé. Y siempre corre manchado con sangre, por homicidios y ahogamientos, como en tiempos de Moisés, cuando se convirtió para el faraón en sangre yapestaba <sup>159</sup>.

7 »¿Y qué otra agua podría purificar al agua que todo lo purifica? ¿Y cómo el vasto océano, infranqueable para el hombre, podría derramarse y purificar este amargo mar? ¿O cómo el gran río

que sale del Edén podría lavar la sangre impura, aun cuando traspasara los cuatro brazos en que se divide a uno sólo: el Geón? <sup>160</sup>

8 »¿Y cuándo podría quedar puro el aire infestado por los miasmas procedentes de todas partes? Porque tales hálitos emanan de la tierra, tales vientos del mar, tales efluvios de los ríos y tales exhalaciones de los puertos, que el rocío podría ser el pus de cadáveres que se pudren en todos los elementos indicados.

9 »Y luego la gente se admira y está incierta de dónde provienen las continuas pestes y las graves enfermedades, de dónde las corrupciones de toda especie y la varia y reiterada mortandad de los hombres, y por qué la gran ciudad no sostiene ya en sí misma aquella tan grande muchedumbre de hombres que antes alimentaba, comenzando por los niños de pecho, hasta los ancianos de extrema vejez, pasando por el gran número de 'viejos prematuros', como se les llamaba. Al contrario, los cuarentones y hasta los setentones eran tan numerosos entonces, que ahora su número no llega a completarse aunque estén inscritos y apuntados para la ración pública de víveres desde los catorce hasta los ochenta años <sup>161</sup>; y los que aparentan más jóvenes parecen contemporáneos de los más viejos de entonces.

10 »Y de esta manera, aun viendo constantemente disminuida y consumida la familia humana sobre la tierra, no tiemblan, a pesar de acercarse más cada vez a su completa destrucción».

## [DE LA ENFERMEDAD QUE SOBREVINO EN ALEJANDRÍA]

1 Después de esto, cuando la peste interrumpió la guerra y la fiesta se acercaba, de nuevo entró en comunicación por carta con los hermanos <sup>162</sup>, indicándoles los padecimientos de esta calamidad con estas palabras:

2 «Ciertamente, a los demás hombres <sup>163</sup> no les parecerá tiempo de fiestas la ocasión presente. Para ellos, ni éste ni otro lo es; no hablo ya de los tiempos luctuosos, pero ni siquiera de los que se podrían creer sumamente alegres. En la actualidad al menos, ciertamente, todo son lamentaciones, todo llantos, y los gemidos resuenan en toda la ciudad por causa de la muchedumbre de los muertos y de los que cada día siguen muriendo;

3 »porque, como está escrito de los primogénitos de Egipto, así también ahora *se ha levantado un gran clamor, pues no hay casa donde no haya un muerto* <sup>164</sup>; y ¡ojalá no fuera más que uno!, porque en verdad son muchas y terribles las cosas que han sucedido incluso antes de esto.

4 »Primeramente nos expulsaron, y somos los únicos que, a pesar de estar perseguidos por todos y condenados a morir, celebramos la fiesta, incluso entonces, y cada lugar de tribulación de cada uno se nos convirtió en paraje de asamblea festiva: campo, de-

sierto, nave, albergue, cárcel. Pero la más esplendorosa de todas las fiestas la celebraron los mártires perfectos, regalados con el festín del cielo.

5 »Y después de esto se echaron encima la guerra y el hambre, que sufrimos junto con los paganos: hemos soportado solos los malos tratos que nos dieron, pero hemos entrado a la parte en lo que ellos entre sí se hacían y padecían, y una vez más hemos gozado de la paz de Cristo, que sólo a nosotros nos ha dado <sup>165</sup>.

6 »Habíamos logrado, tanto ellos como nosotros, un brevísimo respiro cuando irrumpió la enfermedad ésta, cosa para ellos más temible que todo temor y, por lo tanto, más cruel que cualquier otra calamidad, y como escribe un autor particular suyo, 'única cosa que haya sobrepujado a toda previsión' <sup>166</sup>. Mas no así para nosotros, que más bien fue un ejercicio y una prueba en nada inferiores a las demás. Efectivamente, en nada nos perdonó a nosotros, aunque mucho se cebó en los paganos».

7 Y a continuación añade lo que sigue:

«En todo caso, la mayoría de nuestros hermanos, por exceso de su amor y de su afecto fraterno, olvidándose de sí mismos y unidos unos con otros, visitaban sin precaución a los enfermos, les servían con abundancia, los cuidaban en Cristo y hasta morían contentísimos con ellos, contagiados por el mal de los otros, atrayendo sobre sí la enfermedad del prójimo y asumiendo voluntariamente sus dolores. Y muchos que curaron y fortalecieron a otros, murieron ellos,

trasladando a sí mismos la muerte de aquéllos y convirtiendo entonces en realidad el dicho popular, que siempre parecía de mera cortesía: 'Despidiéndose de ellos humildes servidores' <sup>167</sup>.

8 »En todo caso, los mejores de nuestros hermanos partieron de la vida de este modo, presbíteros—algunos—, diáconos y laicos, todos muy alabados, ya que este género de muerte, por la mucha piedad y fe robusta que entraña, en nada parece ser inferior incluso al martirio.

9 »Y así tomaban con las palmas de sus manos y en sus regazos los cuerpos de los santos, les limpiaban los ojos, cerraban sus bocas y, aferrándose a ellos y abrazándolos, después de lavarlos y envolverlos en sudarios, se los llevaban a hombros y los enterraban. Poco después recibían ellos estos mismos cuidados, pues siempre los que quedaban seguían los pasos de quienes les precedieron.

10 »En cambio, entre los paganos fue al contrario <sup>168</sup>: incluso apartaban a los que empezaban a enfermar y rehuían hasta a los más queridos, y arrojaban a moribundos a las calles y cadáveres insepultos a la basura, intentando evitar el contagio y compañía de la muerte, empeño nada fácil hasta para los que ponían más ingenio en esquivarla».

11 Y después de esta carta, cuando la ciudad estuvo ya en paz, envió además una carta festal a los hermanos de Egipto <sup>169</sup>, y luego

volvió a escribir otras. Se conservan de él también una *Sobre el sábado* y otra *Sobre el ejercicio* 170.

12 Comunicándose una vez más por carta con Hermamón 171 y los hermanos de Egipto, explica muchas otras cosas sobre la perversidad de Decio y de sus sucesores, y menciona la paz de los tiempos de Galieno.

## 23

### [DEL IMPERIO DE GALIENO]

1 Pero nada mejor que escuchar cómo fueron estos acontecimientos:

«Así, pues, aquél 172, traicionando a uno de sus emperadores y atacando al otro, pronto desapareció con su pillaje, arrancado de raíz, y todos proclamaron y reconocieron a Galieno, que era a la vez antiguo y nuevo emperador, pues lo era antes, y vino después de aquéllos 173.

2 »Efectivamente, conforme al dicho del profeta Isaías: *Ved que llega lo del principio, y lo que ahora surgirá será nuevo* 174. Porque así como una nube, deslizándose bajo los rayos del sol, por un momento lo va cubriendo y lo ensombrece y se muestra en lugar de él, pero luego, cuando la nube ha pasado o se ha disuelto, otra vez

surge y reaparece el sol, que ya antes había salido, así Macriano se puso delante y se aproximó en persona al imponente poder imperial de Galieno, pero ya no es <sup>175</sup>, puesto que tampoco era, mientras que éste es lo mismo que era;

3 «y el poder imperial, como si hubiese depuesto su vetustez y se hubiera de nuevo purificado de su anterior maldad, florece ahora con más vigor y se le ve y se le escucha mucho más lejos y va penetrando por todas partes» <sup>176</sup>.

4 Luego, continuando, señala también el tiempo en que escribía esto con las palabras que siguen:

«También me place examinar de nuevo los días de los años imperiales, porque estoy viendo que los más impíos, no obstante su renombre, al cabo de poco tiempo han caído en el anonimato <sup>177</sup>, mientras que él <sup>178</sup>, más santo y amado de Dios, rebasado ya su séptimo año, cumple ahora el año noveno en el cual celebraremos la fiesta» <sup>179</sup>.

## 24

### [DE NÉPOTE Y SU CISMA]

1 Además de todo esto, escribió también los dos libros *Sobre las promesas* <sup>180</sup>, cuyo tema era Népote, obispo de los de Egipto <sup>181</sup>, quien enseñaba que las promesas hechas a los santos en las divinas

Escrituras deben interpretarse más al modo judío, y suponía que habría un milenio de delicias corporales sobre esta seca tierra <sup>182</sup>.

2 En todo caso, creyendo reforzar su propia suposición con el *Apocalipsis* de Juan, compuso sobre él una obra que tituló *Refutación de los alegoristas* <sup>183</sup>.

3 Contra esta obra se yergue Dionisio en sus libros *Sobre las promesas*. En el primero expone su propio pensamiento sobre la doctrina, y en el segundo discute acerca del *Apocalipsis* de Juan. En él hace mención de Népote al comienzo, y escribe de él lo siguiente:

4 «Mas como quiera que aducen cierto libro de Népote en el que se apoyan más de la cuenta, como si demostrara irrefutablemente que el reinado de Cristo será sobre la tierra, en muchas otras cosas apruebo a Népote y lo amo: por su fe, por su laboriosidad, por su estudio serio de las Escrituras y por su numerosa producción de himnos <sup>184</sup>, con los que muchos hermanos se vienen reconfortando hasta hoy, y mi respeto por el hombre es absoluto, máxime estando ya muerto. Sin embargo, puesto que la verdad me es querida y más estimada que todas las cosas <sup>185</sup>, hay que alabarlo y estar de acuerdo con él, sin reservas, si dice algo rectamente, pero también, si en algo no aparece sano lo que ha escrito, hay que examinarlo y enmendarlo.

5 \*Para con uno que está presente y que se explica de palabra, podría bastar una conversación oral, que a base de preguntas y res-

puestas va persuadiendo y reduciendo a los contrincantes <sup>186</sup>; pero habiendo de por medio un escrito, y muy persuasivo a juicio de algunos, y contando, por otra parte, con que algunos maestros <sup>187</sup>, estimando en nada la Ley y los Profetas, dejando de seguir los *Evangelios* y despreciando las *Cartas* de los apóstoles, proclaman, sin embargo, la enseñanza de este libro como un misterio grande y escondido, y no permiten a nuestros hermanos más sencillos tener pensamientos elevados y magníficos acerca de la manifestación gloriosa y realmente divina de nuestro Señor <sup>188</sup>, ni de nuestra resurrección de entre los muertos ni de nuestra reunión <sup>189</sup> y configuración con El <sup>190</sup>, sino que los persuaden a esperar cosas mínimas y mortales, cuales son las presentes, en el reino de Dios, es necesario que también nosotros discutamos con nuestro hermano Népoté como si estuviera presente».

**6** A lo dicho añade, tras otras cosas, lo siguiente:

«Así, pues, hallándome en Arsinoé, donde, como sabes, hace mucho prevalecía esta doctrina, hasta el punto de que hubo cismas y apostasías de iglesias enteras, convoqué a los presbíteros y maestros de los hermanos de las aldeas, y, estando también presentes los hermanos que querían, los exhorté a realizar en público el examen de la doctrina.

**7** »Al presentarme el libro éste como arma y muro inatacable, estuve con ellos tres días de sesión continua, desde el alba hasta el anochecer, probando de enmendar lo que estaba escrito.

**8** »Pude entonces admirar sobremanera el equilibrio, el amor

a la verdad, la facilidad de comprensión y la inteligencia de los hermanos cuando, por orden y con moderación, íbamos desarrollando las preguntas, las objeciones y los puntos de coincidencia; por una parte, habíamos rehusado aferrarnos obstinada y porfiadamente a las decisiones tomadas una sola vez, aun cuando esto no parezca justo; y por otra, tampoco evitábamos las objeciones, sino que, en lo posible, tratábamos de abordar los temas propuestos y dominarlos; y tampoco nos avergonzábamos de cambiar de idea y concordar si el razonamiento lo exigía, antes bien, con la mejor conciencia, sin disimulos y con el corazón abierto a Dios, aceptábamos cuanto quedaba establecido por las argumentaciones y por las enseñanzas de las Santas Escrituras.

9 »Y, por último, el cabecilla e introductor de esta doctrina, el llamado Coración <sup>191</sup>, confesó y atestiguó a oídos de todos los hermanos presentes que ya no se daría más a esto, ni discutiría sobre ello, ni lo recordaría ni lo enseñaría, pues estaba suficientemente convencido por los argumentos opuestos. Y de los otros hermanos, unos se alegraban del coloquio, así como de la condescendencia y disposición común para con todos...»

## 25

### [SOBRE EL «APOCALIPSIS» DE JUAN]

1 Continuando luego un poco más abajo, dice lo siguiente sobre el *Apocalipsis* de Juan:

«Así, pues, algunos de nuestros antecesores <sup>192</sup> rechazaron como

espurio y desacreditaron <sup>193</sup> por completo el libro, examinando capítulo por capítulo y declarando que era ininteligible e ilógico, y su título engañoso.

2 »Dicen, efectivamente, que no es de Juan y que tampoco es *Apocalipsis* <sup>194</sup>, estando como está bien velado con el grueso manto de la ignorancia, y que autor de este escrito no sólo no fue ninguno de los apóstoles, pero es que ni siquiera ningún santo o miembro de la Iglesia en absoluto, sino Cerinto <sup>195</sup>, el mismo que instituyó la herejía cerintiana y que quiso acreditar su propia invención con un nombre digno de fe <sup>196</sup>.

3 »Efectivamente, la doctrina que él enseña es ésta: el reino de Cristo será terreno; y como él era un amador de su cuerpo y enteramente carnal, soñaba que consistiría en lo mismo que él deseaba: hartazgos del vientre y de lo que está debajo del vientre, es decir, en comidas, en bebidas, en uniones carnales y en todo aquello con que le parecía que se procuraría estas cosas de una manera más biensoñantes: fiestas, sacrificios e inmolación de víctimas.

4 »Yo, por mi parte, no podría atreverme a rechazar el libro, pues son muchos los hermanos que lo toman en serio <sup>197</sup>, pero aun dado que el pensamiento que encierra excede a mi propia inteligencia, supongo que el sentido de cada pasaje está en cierto modo encubierto y es bastante admirable, porque, incluso si no lo comprendo, no obstante sospecho al menos que en las palabras se encierra alguna intención más profunda <sup>198</sup>.

5 »No mido esto ni lo juzgo con propio razonamiento, sino que, aun otorgando la superioridad a la fe, he llegado a la conclusión de que esto es demasiado alto para ser concebido por mí. Y yo no re-pruebo lo que no he comprendido, antes bien, lo admiro más, porque ni siquiera lo vi».

6 Tras esto y después de examinar todo el libro del *Apocalipsis* y demostrar que es imposible entenderlo según su sentido obvio, continúa diciendo:

«Después de concluir toda su—por así decirlo—profecía, el profeta declara dichosos a los que la guardan y también, es verdad, a sí mismo: *Dichoso—dice, efectivamente—el que guarda las palabras de la profecía de este libro, y yo, Juan* <sup>199</sup>, *que estoy viendo y escuchando estas cosas* <sup>200</sup>.

7 »Por lo tanto, no contradiré que él se llamaba Juan y que el libro éste es de Juan, porque incluso estoy de acuerdo en que es obra de un hombre santo e inspirado por Dios. Pero yo no podría convenir fácilmente en que éste fuera el apóstol, el hijo del Zebedeo y hermano de Santiago, de quien es el *Evangelio* titulado *de Juan* y la *Carta católica* <sup>201</sup>.

8 »Efectivamente, por el carácter de uno y otro, por el estilo y por la llamada disposición general del libro, conjeturo que no es el mismo, ya que el evangelista en ninguna parte escribe su nombre ni se predica a sí mismo: ni en el *Evangelio* ni en la *Carta*».

9 Luego, un poco más abajo, otra vez dice así:

«Pero Juan de ninguna manera, ni en primera ni en tercera persona. Sin embargo, el que escribió el Apocalipsis, al punto se pone delante, ya en el comienzo: *Revelación de Jesucristo, la que le dio para mostrar prontamente a sus siervos, y la que reveló enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan, el cual dio testimonio de la palabra de Dios y de su testimonio: todo lo que vio* <sup>202</sup>.

10 »Luego escribe también una carta: *Juan a las siete iglesias que están en Asia. Gracia y paz a vosotros* <sup>203</sup>. Sin embargo, el evangelista ni siquiera en el encabezamiento de su *Carta católica* escribió su nombre, sino que comenzó sin más por el misterio mismo de la revelación divina: *Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos* <sup>204</sup>. Con motivo de esta revelación, efectivamente, llamó el Señor dichoso a Pedro cuando dijo: *Dichoso eres, Simón, hijo de Jonás, pues ni la carne ni la sangre te lo han revelado, sino mi Padre celestial* <sup>205</sup>.

11 »Pero es que ni siquiera en la *Carta segunda* ni en la *tercera* que se consideran de Juan, aunque breves, aparece Juan por su nombre, sino que de una manera anónima hallamos escrito: *el presbítero* <sup>206</sup>. En cambio, este otro no creyó bastante nombrarse una sola vez y seguir la explicación, sino que repite de nuevo: *Yo, Juan, vuestro hermano y copartícipe en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesús, estuve en la isla llamada Patmos por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús* <sup>207</sup>. Y todavía, incluso hacia el final, dice

lo siguiente: *Dichoso el que guarda las palabras de la profecía de este libro, y yo, Juan, el que está viendo y oyendo estas cosas* <sup>208</sup>.

12 »Por lo tanto, que es Juan quien esto escribe hay que creerlo pues él lo dice; pero no está claro quién sea éste, puesto que no dice, como en muchos pasajes del *Evangelio*, que él es el discípulo amado por el Señor, el que se reclinó sobre su pecho <sup>209</sup>, el hermano de Santiago <sup>210</sup>, el testigo ocular y oyente directo del Señor <sup>211</sup>.

13 »Porque hubiera dicho algo de lo que acabamos de indicar si hubiera querido darse a conocer claramente. Y, sin embargo, nada de eso, antes bien se dijo hermano y compañero nuestro <sup>212</sup>, testigo de Jesús y dichoso por haber contemplado y escuchado las revelaciones <sup>213</sup>.

14 »Yo creo que hubo muchos con el mismo nombre del apóstol Juan, los cuales, por amor a él y por admirarlo y escucharlo y por querer ser amados lo mismo que él por el Señor, se aficionaron a ese mismo nombre, de igual manera que entre los hijos de los fieles abundan los nombres de Pablo y de Pedro.

15 »Así, pues, en los *Hechos de los Apóstoles* hay también otro Juan, de sobrenombre Marcos <sup>214</sup>, al que Bernabé y Pablo tomaron consigo y sobre el cual llega a decir: *Y tenían además a Juan como servidor* <sup>215</sup>. Ahora bien, si fue éste el autor, yo no lo diría, porque no está escrito que llegó con ellos a Asia, sino que dice: *Navegando desde Pafos, Pablo y sus compañeros llegaron a Perges de Panfilia, mientras que Juan se separó de ellos y se volvió a Jerusalén* <sup>216</sup>.

16 »Yo creo que fue otro de los que vivieron en Asia <sup>217</sup>. Se dice que en Efeso hubo dos sepulcros y que cada uno de los dos se decía ser de Juan <sup>218</sup>.

17 »Y por los pensamientos, por las palabras y por su ordenación, se comprenderá naturalmente que el uno es persona diferente del otro. Efectivamente, el *Evangelio* y la *Carta* concuerdan entre sí.

18 »Y los dos comienzan igual. Aquél dice: *En el principio era el Verbo* <sup>219</sup>; ésta: *Lo que desde el principio* <sup>220</sup>; y aquél dice: *y el Verbo se hizo carne y plantó su tienda entre nosotros y contemplamos su gloria, gloria como de unigénito del Padre* <sup>221</sup>; y ésta las mismas palabras un poco cambiadas: *Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y nuestras manos palparon acerca del Verbo de la vida, y la vida se manifestó ...* <sup>222</sup>.

19 »Porque esto es lo que pone como preludeo, apuntando, según demostró en lo que sigue, a los que andaban diciendo que el Señor no había venido en la carne, por lo cual había tenido también el cuidado de añadir: *Y lo que hemos visto lo atestiguamos, y os anunciamos la vida eterna, la que estaba en el Padre y se nos ha manifestado. Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos también a vosotros* <sup>223</sup>.

20 »Se mantiene fiel a sí mismo y no se aparta de lo que se ha propuesto, sino que todo lo va explicando con los mismos principios y las mismas expresiones, algunas de las cuales vamos a recordarlas brevemente:

**21** »Quien ponga aplicación al leer encontrará en el uno y en la otra muchas veces las expresiones: 'La vida' <sup>224</sup>, 'la luz' <sup>225</sup>, 'apartamiento de las tinieblas' <sup>226</sup>; y continuamente: 'la verdad' <sup>227</sup>, 'la gracia' <sup>228</sup>, 'la alegría' <sup>229</sup>, 'la carne' <sup>230</sup> y la sangre <sup>231</sup> del Señor', 'el juicio' <sup>232</sup>, 'el perdón de los pecados' <sup>233</sup>, 'el amor de Dios para con nosotros' <sup>234</sup>, el mandato de amarnos los unos a los otros' <sup>235</sup> y que 'hay que guardar todos los mandamientos' <sup>236</sup>; la refutación del mundo <sup>237</sup>, del diablo <sup>238</sup> y del anticristo <sup>239</sup>, la promesa del Espíritu Santo <sup>240</sup>, la adopción como hijos por parte de Dios <sup>241</sup>, la fe <sup>242</sup>, que se nos exige absolutamente; el Padre y el Hijo <sup>243</sup>, por todas las partes. Y en una palabra: es evidente que quienes se fijan en todas sus características ven que tanto el *Evangelio* como la *Carta* presentan una misma y única coloración.

**22** »En cambio, el *Apocalipsis* es muy diferente y ajeno a estos escritos. Con ninguno de ellos está ligado ni tiene afinidad, y casi, por decirlo así, ni una sílaba tiene en común con ellos.

**23** »Pero es que ni la *Carta* (porque dejemos ya el *Evangelio*) tiene la menor mención o el menor pensamiento sobre el *Apocalipsis*, ni el *Apocalipsis* sobre la *Carta*, en tanto que Pablo deja en-

trever en sus *Cartas* algo sobre sus revelaciones, aunque no las consignó por ellas mismas <sup>244</sup>.

24 «Pero incluso por su estilo es posible todavía reconocer la diferencia del *Evangelio* y de la *Carta* respecto del *Apocalipsis*.

25 «Aquéllos, efectivamente, no sólo están escritos sin faltas contra la lengua griega, sino incluso con la máxima elocuencia por su dicción, sus razonamientos y la construcción de sus expresiones. Por lo menos están muy lejos de que se encuentre en ellos algún vocablo bárbaro, un solecismo o, en general, un vulgarismo, pues su autor, según parece, poseía los dos saberes <sup>245</sup>, por haberle otorgado ambos graciosamente el Señor: el del conocimiento y el del lenguaje.

26 «En cambio, el otro no negaré que ha visto revelaciones y que recibió conocimiento y profecía <sup>246</sup>; sin embargo, no creo que su estilo y su lengua sean exactamente griegas, antes bien utiliza idiotismos bárbaros y en algunas partes incluso comete solecismos. No es preciso ahora dar una selección,

27 «puesto que tampoco dije esto por mofa (que nadie lo piense) sino únicamente para establecer la desigualdad de estos escritos».

1 Además de estas cartas, se conservan también otras muchas de Dionisio, como la dirigida a Ammón, obispo de la iglesia de Bernice, contra Sabelio; a Telesforo, a Eufranor; de nuevo a Ammón y a Euporo <sup>247</sup>, contra Sabelio. Y sobre el mismo tema compuso también otros cuatro escritos que dirigió a su homónimo de Roma Dionisio <sup>248</sup>.

2 Y entre nosotros, aparte de éstas, existen también muchas cartas suyas e incluso prolijos tratados en forma de cartas, como los dedicados a su hijo Timoteo *Sobre la naturaleza* <sup>249</sup>, y el otro *Sobre las tentaciones* <sup>250</sup>, que también dedicó a Eufranor.

3 Además de estas obras, escribiendo también a Basíldes, obispo de las iglesias de Pentápolis, él mismo dice que tiene escrito un *Comentario del comienzo del Eclesiastés* <sup>251</sup>. Y dirigidas al mismo nos ha dejado diversas cartas.

Todo esto escribió Dionisio, pero, después de historiar estas cosas, ya es hora de que entreguemos al conocimiento de la posteridad también cómo era nuestra generación <sup>252</sup>.

## [SOBRE PABLO DE SAMOSATA Y LA HEREJÍA QUE SUSCITÓ EN ANTIOQUÍA]

1 A Sixto, que presidió la iglesia de Roma durante once años, le sucede Dionisio, homónimo del de Alejandría <sup>253</sup>. Y en este tiempo, al emigrar también Demetriano de esta vida en Antioquía, recibió el episcopado Pablo, el de Samosata <sup>254</sup>.

2 Como quiera que éste, contrariamente a la enseñanza de la Iglesia, tenía acerca de Cristo pensamientos bajos y a ras de tierra, diciendo que por naturaleza fue un hombre común <sup>255</sup>, Dionisio de Alejandría, invitado para asistir al concilio, dando por excusa a la vez su vejez y su debilidad corporal, aplaza su presencia personal, y por medio de una carta expone su pensamiento sobre el tema debatido <sup>256</sup>. Los otros pastores de las iglesias, en cambio, cada cual desde su tierra, se iban reuniendo como contra una peste del rebaño de Cristo, y todos se apresuraban hacia Antioquía.

[DE LOS OBISPOS ILUSTRES QUE ERAN CÉLEBRES EN AQUEL TIEMPO]

1 Entre ellos, los que más sobresalieron fueron: Firmiliano, obispo de Cesarea de Capadocia; los hermanos Gregorio y Atenodoro, pastores de las iglesias del Ponto; y después de ellos, Heleno, de la iglesia de Tarso, y Nicomas, de la de Iconio. Pero no sólo ellos, sino también Himeneo, de la iglesia de Jerusalén; y Teotecno, de la de Cesarea, limítrofe de ésta; y además de éstos, Máximo, que dirigía también con mucha brillantez a los hermanos de Bostra <sup>257</sup>. Y no sería muy difícil enumerar a muchísimos otros reunidos junto con los presbíteros y diáconos por la misma causa en la antedicha ciudad; pero de todos, por lo menos los más sobresalientes eran éstos.

2 Todos, pues, se reunieron para lo mismo, en diferentes y repetidas ocasiones <sup>258</sup>. Y en cada reunión se agitaban razonamientos y preguntas: los partidarios del samosatense, intentando ocultar todavía y disimular lo que hubiera de herejía; los otros, por su parte, poniendo todo su empeño en desnudar y sacar a la vista la herejía y la blasfemia de aquél contra Cristo.

3 Pero en este tiempo murió Dionisio, en el año duodécimo

del imperio de Galieno, después de haber presidido el episcopado de Alejandría durante diecisiete años. Le sucede Máximo <sup>259</sup>.

4 Habiendo sido Galieno dueño del poder durante quince años completos, fue instituido sucesor suyo Claudio <sup>260</sup>. Este, cuando terminó su segundo año, transmitió el principado a Aureliano <sup>261</sup>.

## 29

### [DE CÓMO SE REBATIÓ A PABLO Y SE LE EXCOMULGÓ]

1 En tiempos de éste, habiéndose reunido un último concilio <sup>262</sup> de numerosísimos obispos, sorprendido *in flagranti* y ya por todos condenado abiertamente por heterodoxia, el cabecilla de la herejía de Antioquía fue excomulgado de la Iglesia católica que está bajo el cielo.

2 Quien más hizo por acabar con su disimulo y dejarle convicto fue Malquión, hombre, por lo demás, elocuente y director de la clase de retórica en las escuelas griegas de Antioquía; y no sólo eso, sino también considerado digno del presbiterado de la comunidad local, por la excelentísima legitimidad de su fe en Cris-

to <sup>263</sup>. Este había emprendido contra él, con taquígrafos que la iban registrando, una investigación —que sabemos se ha conservado incluso hasta nuestros días—, por lo que él solo entre todos fue capaz de sorprender *in flagranti* a aquel hombre a pesar de su disimulo y engaño <sup>264</sup>.

## 30

1 Entonces los pastores allí reunidos con el mismo fin escriben de común acuerdo una sola carta dirigida personalmente a Dionisio, obispo de Roma <sup>266</sup>, y a Máximo, de la de Alejandría <sup>267</sup>, y la transmiten a todas las provincias, poniendo en claro para todos su propio celo y la perversa heterodoxia de Pablo, así como los argumentos y preguntas que habían blandido contra él, y exponiendo además con detalle toda la vida y conducta de aquel hombre. Quizás esté bien citar en esta obra, para hacer memoria, las siguientes palabras suyas:

2 «A Dionisio, a Máximo, a todos nuestros colegas en el ministerio por todo el mundo habitado: obispos, presbíteros y diáconos, y a toda la Iglesia católica que está bajo el cielo, Heleno, Hime-neo, Teófilo, Teotecno, Máximo, Proclo, Nicomas, Eliano, Pablo,

Bolano, Protógenes, Hieraco, Eutiquio, Teodoro, Malquión, Lucio <sup>268</sup> y todos los demás que con nosotros habitan las ciudades y poblaciones vecinas, obispos, presbíteros, diáconos y las iglesias de Dios: a los amados hermanos, salud en el Señor».

3 Poco después de esto, añade lo siguiente:

«Escribíamos a la vez y exhortábamos <sup>269</sup> a muchos, incluso a obispos de lejos, a venir y curar esta mortífera enseñanza, así como también a los benditos Dionisio el de Alejandría y Firmiliano de Capadocia. De éstos, el primero escribió una carta a Antioquía, no considerando al autor del error ni digno de un saludo, por lo que no le escribió a él personalmente, sino a toda la comunidad; de esta carta adjuntamos una copia <sup>270</sup>.

4 «Firmiliano, en cambio, que incluso había venido dos veces <sup>271</sup>, condenó ciertamente las innovaciones de aquél—como sabemos y atestigüamos los que estábamos presentes y lo saben también otros muchos—, pero como Pablo prometiera cambiar, él, creyendo y esperando que el asunto se arreglaría oportunamente sin menoscabo para la doctrina, lo fue difiriendo, engañado por el hombre que negaba a su propio Dios y Señor y no observaba la fe que anteriormente él mismo poseía <sup>272</sup>.

5 «Mas ahora estaba ya Firmiliano a punto de pasar a Antioquía y había llegado concretamente hasta Tarso, pues había expe-

rimentado la maldad negadora de Dios de aquel hombre; pero en el intervalo, estando nosotros reunidos llamándole y esperando a que llegase, le alcanzó la muerte».

6 Y después de otras cosas, de nuevo describen la vida y la conducta de Pablo en los términos siguientes:

«Desde el punto en que se apartó de la regla y se pasó a enseñanzas falsas y bastardas, no se deben juzgar las acciones del que está fuera <sup>273</sup>;

7 »ni siquiera por el hecho de que, siendo primeramente pobre mendigo y no habiendo recibido de sus padres riqueza ninguna ni habiéndola adquirido mediante un oficio o cualquier ocupación, ahora ha llegado a una opulencia excesiva proveniente de sus ilegalidades, de sus robos sacrílegos y de lo que pide y esquilma a los hermanos, defraudando a los que han sido víctimas de injusticia y prometiendo ayuda por un salario: en realidad, engañando también a éstos y sacando provecho sin razón de la facilidad con que dan los que se hallan en apuros con tal de librarse de las molestias, ya que él considera a la religión como fuente de ganancia <sup>274</sup>;

8 »tampoco porque tiene pensamientos altivos <sup>275</sup> y se enorgullece de estar investido con dignidades mundanas, prefiriendo que lo llamen *ducenario* antes que obispo <sup>276</sup>, avanzando jactancioso por la plaza y leyendo y dictando cartas a la vez que pasea en público, escoltado por guardias muy numerosos, unos precedién-

dole y otros siguiéndole; el resultado es que la misma fe se ve aborrecida y odiada por causa de su fasto y del orgullo de su corazón;

9 »y tampoco se deben juzgar los juegos de prestidigitación que organizaba en las reuniones eclesiásticas aspirando a la gloria, deslumbrando a la imaginación e hiriendo con estas cosas las almas de los más sencillos. Se hizo preparar para sí una tribuna y un trono elevado—no como discípulo de Cristo—, y lo mismo que los príncipes del mundo, tenía—y así lo llamaba—su *secretum* <sup>277</sup>; con la mano se golpeaba el muslo y con los pies pegaba en la tribuna. Y a los que no le aprobaban ni agitaban los pañuelos, como en los teatros, ni lanzaban gritos ni se alzaban de un salto a la vez que sus secuaces, hombres y mujeres que en este desorden le escuchaban, y, por lo tanto, a los que le escuchaban con gravedad y en buen orden, como en la casa de Dios, los reñía y los insultaba. Y a los intérpretes de la doctrina que partieron de esta vida los insultaba en público groseramente, mientras que de sí mismo hablaba con gran énfasis, no como un obispo, sino como un sofista y un charlatán.

10 »Hizo además que cesaran los salmos en honor de nuestro Señor Jesucristo <sup>278</sup>, porque decía que eran modernos y obra de hombres bastante modernos; en cambio, preparó unas mujeres para que en honor suyo salmodiasen en medio de la iglesia el gran día de Pascua. ¡Para estremecerse oyéndolas! ¡Y qué cosas dejaba que tratasen en sus homilias al pueblo los obispos y presbíteros de los campos y ciudades limítrofes, sus aduladores! <sup>279</sup>

11 »Porque él no quiere confesar con nosotros que el Hijo de

Dios ha bajado del cielo (esto por exponer de antemano algo de lo que escribiremos, y que no lo diremos como simple afirmación, sino que será demostrado con muchos pasajes de los documentos que os enviamos <sup>280</sup>, y sobre todo por aquel en que se dice que Jesucristo es de abajo); pero aquéllos, cuando le cantan salmos y le ensalzan ante el pueblo, afirman que su impío maestro ha descendido como ángel del cielo. Y él no sólo no impide esto, sino que, en su soberbia, incluso se halla presente cuando lo dicen.

**12** »En cuanto a las mujeres *subintroductas*—como las llaman los antioquenos <sup>281</sup>—, las de él y las de los presbíteros y diáconos de su séquito, a los cuales ayuda a ocultar éste y los demás pecados incurables, ya a plena conciencia y con pruebas convincentes para tenerlos a su merced y para que, temiendo por sí mismos, no se atrevan a acusarle de las injusticias que comete de palabra y de obra—es más, incluso los hizo ricos, por lo cual le quieren y admiran los que se pierden por tales cosas...—, ¿por qué habríamos de escribir esto?

**13** »Sin embargo, sabemos, queridos, que el obispo y el clero entero deben ser para la muchedumbre ejemplo <sup>282</sup> de toda obra buena <sup>283</sup>, y no ignoramos tampoco cuántos han caído por haber introducido para sí mujeres, mientras otros se hicieron sospechosos, tanto que, aun concediéndole que no hacía nada indecoroso, no obstante era necesario al menos precaverse contra la sospecha que nace de un tal asunto, para no escandalizar a nadie y evitar que otros lo intenten.

**14** »Porque ¿cómo podría reprender y advertir a otro de que no cohabite ya más bajo el mismo techo con una mujer y se guarde de caer, como está escrito <sup>284</sup>, uno que alejó de sí a una ya, pero que tiene consigo dos en plena juventud y de buen ver, y que, si marcha a otra parte, allá las lleva consigo, y esto con derroche de lujo?

**15** »Por causa de esto lloran todos y se lamentan dentro de sí mismos, pero es tanto el temor a la tiranía y poder de aquél que nadie se atreve a una acusación.

**16** »Pero, como ya hemos dicho, de esto se podría corregir a un hombre que tuviese al menos un pensamiento católico y se contase entre nosotros, pero a uno que traicionó el misterio <sup>285</sup> y se pavonea de la abominable herejía de Artemas <sup>286</sup> (¿por qué, efectivamente, no iba a ser necesario manifestar quién es su padre?) creemos que no hay que pedirle cuentas de todo esto».

**17** Luego, al final de la carta, añaden:

«Por consiguiente, al seguir oponiéndose a Dios y no ceder, nos hemos visto forzados a excomulgarlo y a establecer en su lugar para la Iglesia católica—según providencia de Dios, estamos convencidos—otro obispo, Domno, el hijo del bienaventurado Demetriano—éste había presidido antes que aquél, con gran notabilidad, esa misma iglesia—, varón adornado con todas las cualidades que convienen a un obispo <sup>287</sup>. Y os lo hemos manifestado para que le escribáis y recibáis de él las cartas de comunión <sup>288</sup>. En cuanto al

otro, que escriba a Artemas y que tengan comunión con él los que piensen como Artemas» 289.

18 Así, pues, caído Pablo del episcopado y de la ortodoxia de su fe, le sucedió Domno, como se dice, en el ministerio de la iglesia de Antioquía.

19 Sin embargo, como Pablo no quisiera en modo alguno salir del edificio de la iglesia <sup>290</sup>, el emperador Aureliano, de quien se solicitó, decidió muy oportunamente sobre lo que había de hacerse, pues ordenó que la casa se otorgase a aquellos con quienes estuvieran en correspondencia epistolar los obispos de la doctrina de Italia y de la ciudad de Roma. Así es que el hombre antes mencionado, con extrema vergüenza suya, fue expulsado de la iglesia por el poder mundano <sup>291</sup>.

20 Así era para con nosotros Aureliano, al menos por aquel entonces. Pero, ya avanzado su imperio, cambió de pensar sobre nosotros y se dejaba excitar por ciertos consejos de que suscitara una persecución contra nosotros. Eran muchos los rumores sobre este punto en todos los ambientes.

21 Mas, cuando estaba a punto de hacerlo y por así decirlo firmaba ya los decretos contra nosotros <sup>292</sup>, le alcanzó la justicia divina <sup>293</sup>, que le retuvo de la empresa casi como atándole por los brazos. Con ello permitía a todos ver claramente que nunca los poderes de esta vida tendrían facilidad contra las iglesias de Cristo si la mano que nos protege, por juicio divino y celeste, para instrucción y conversión nuestra, no permitiese <sup>294</sup> que esto se llevara a cabo en los tiempos que ella juzga buenos.

22 Así, pues, a Aureliano, que ejerció el poder durante seis años, le sucede Probo <sup>295</sup>, y a éste, que lo retuvo más o menos los mismos años, Caro, junto con sus hijos Carino y Numeriano <sup>296</sup>. Y habiendo durado éstos, a su vez, otros tres años no completos, el poder absoluto pasa a Diocleciano <sup>297</sup> y a los que se introdujo después de él por adopción, bajo los cuales se llevó a cabo la persecución de nuestro tiempo y en ella la destrucción de las iglesias.

23 Ahora bien, muy poco tiempo antes de esto, Félix sucede en el ministerio al obispo de Roma Dionisio, que había pasado en él nueve años <sup>298</sup>.

[DE LA HETERODOXA PERVERSIÓN DE LOS MANIQUEOS INICIADA  
ENTONCES PRECISAMENTE]

1 En este tiempo, también el loco aquel, epónimo <sup>299</sup> de la endemoniada herejía <sup>300</sup>, se armaba del extravío de la razón; el demonio, sí, el mismo Satanás, adversario de Dios, empujaba a aquel hombre para ruina de muchos. Siendo como era bárbaro en su vida, por su habla misma y sus costumbres, y demoníaco y demente por naturaleza, emprendía hazañas en consonancia con ello e intentaba hacer el papel de Cristo, ora proclamándose él mismo Paráclito y Espíritu Santo en persona <sup>301</sup>, inflado por su locura, ora eligiéndose, como Cristo, doce discípulos <sup>302</sup> copartícipes de su nuevo sistema.

2 En realidad, pergeñó unas falsas e impías doctrinas a base de remiendos recogidos de las innumerables e impías herejías, ya de antiguo extinguidas, y desde Persia las fue transmitiendo como veneno mortífero hasta nuestra propia tierra habitada, y desde entonces el impío nombre de los maniqueos pulula hasta hoy entre muchos. Tal fue, pues, el fundamento de esta gnosis de falso nombre <sup>303</sup>, que brotó en los tiempos mencionados.

[DE LOS VARONES ECLESIAÍSTICOS QUE SE HAN DISTINGUIDO EN NUESTRO TIEMPO Y QUIÉNES DE ELLOS VIVIERON HASTA EL ATAQUE A LAS IGLESIAS] 304

1 Por este tiempo, habiendo Félix presidido la iglesia de Roma durante cinco años, le sucede Eutiquiano. Este, que no sobrevivió diez meses enteros, dejó el cargo a Cayo, contemporáneo nuestro, y habiendo éste ejercido la presidencia unos quince años, se instituye como sucesor a Marcelino, al que también arrebatará la persecución <sup>305</sup>.

2 Y por estas fechas regía el episcopado de Antioquía, después de Domno, Timeo, a quien sucedió Cirilo, contemporáneo nuestro <sup>306</sup>. De su tiempo conocemos a Doroteo <sup>307</sup>, varón docto y juzgado digno del presbiterado de Antioquía. Fue éste un amante de las cosas divinas y se ejercitó en la lengua hebrea, tanto que hasta podía leer y comprender las mismas escrituras hebreas.

3 No era ajeno éste a los estudios más liberales, ni a la instrucción preliminar de los griegos, y además era eunuco por naturaleza, hecho tal ya desde su mismo nacimiento, de manera que el emperador lo acogió a su amistad por esta misma causa como caso raro, y le honró con la administración de la tintorería de púrpura de Tiro.

4 A éste lo hemos escuchado explicar las Escrituras con medida en la iglesia. Y después de Cirilo recibió en sucesión el episcopado de la iglesia de Antioquía Tirano, en cuyos días alcanzó su culmen el ataque a las iglesias <sup>308</sup>.

5 En cambio, a la iglesia de Laódicea, después de Sócrates, la gobernó Eusebio <sup>309</sup>, oriundo de la ciudad de Alejandría. La causa de su emigración fue el asunto referente a Pablo. Por causa de éste subió a Siria, y los que en ella se afanaban por las cosas de Dios le impidieron su regreso a casa. Para nuestros contemporáneos ha sido un ejemplo amable de religión, como fácilmente se descubre en las expresiones de Dionisio anteriormente citadas <sup>310</sup>.

6 Fue instituido como sucesor suyo Anatolio <sup>311</sup>, uno bueno que, según el dicho, sucede a otro bueno. También era de origen alejandrino, y por sus estudios, por su educación griega y por su filosofía alcanzó los primeros puestos entre los más ilustres de nuestros contemporáneos, puesto que avanzó hasta la cumbre de la aritmética, de la geometría, de la astronomía y de toda especulación teórica, de la dialéctica como de la física, igual que de la retórica. Por esta causa, según quiere una tradición, los ciudadanos de Alejandría lo consideraron digno de organizar allí la escuela de la sucesión de Aristóteles <sup>312</sup>.

7 Se recuerdan, pues, de él, innumerables otras hazañas de cuando el asedio del Piruquío <sup>313</sup>, puesto que todas las autoridades

le consideraban digno de un privilegio especial; pero yo sólo voy a mencionar, por vía de demostración, lo siguiente.

8 Dicen que, faltando el trigo a los sitiados, hasta el punto de que ya el hambre les era más insoportable que los enemigos de fuera, el mencionado Anatolio, que se hallaba presente, tomó las siguientes disposiciones. Como la otra parte de la ciudad estaba aliada con el ejército romano y no se encontraba asediada, Anatolio envió un mensaje a Eusebio, que se encontraba entre los no asediados (efectivamente aún estaba por entonces allí, antes de su emigración a Siria) y cuya gloria y nombre famoso había llegado hasta el general en jefe de los romanos, y le informó de los que perecían por hambre a lo largo del asedio.

9 Este, así que lo supo, pidió al general romano, como un favor grandísimo, que otorgara seguridad a los desertores del campo enemigo. Y en cuanto tuvo su petición, se lo hizo saber a Anatolio. Este, inmediatamente después de recibir la promesa, reunió el consejo de los alejandrinos. Comenzó pidiendo a todos que ofrecieran su diestra a los romanos en son de amistad, pero así que vio que su promesa los enfurecía, dijo: «Sin embargo, creo que, al menos en esto, no me llevaréis la contraria si os aconsejo sacar fuera de las puertas a la gente superflua y absolutamente inútil, ancianas, niños y ancianos, y que marchen a donde quieran. ¿Por qué los vamos a tener entre nosotros inútilmente si no es ya para morir? ¿Y para qué estamos agotando con el hambre a los enfermos y maltruchos de cuerpo, ya que nos es preciso alimentar sólo a los hom-

bres y a los jóvenes, y reservar el trigo necesario para los que son capaces de guardar la ciudad?»

10 Con tales razonamientos logró persuadir al consejo, y, levantándose el primero, votó un decreto: despedir de la ciudad a todo el que no fuera idóneo para el servicio militar, hombre o mujer, puesto que no había esperanza de salvación para los que se quedasen en la ciudad y en ella pasaran el tiempo sin utilidad alguna, pues perecerían de hambre.

11 Y de esta manera, cuando todos los demás del consejo hubieron emitido el mismo voto, faltó muy poco para que salvaran a todos los sitiados. Se preocupó de que primeramente huyeran los que procedían de la iglesia, y luego también los demás que estaban en la ciudad, de cualquier edad que fuesen. Y no solamente de los que caían dentro del decreto, sino también, con el pretexto de éstos, muchísimos otros que, disfrazados ocultamente de mujer y por cuidado de aquél, salían de noche de las puertas y se lanzaban hacia el ejército romano. Allí recibía a todos Eusebio, y como un padre y un médico, con todo género de providencias y de cuidados, iba restaurando a los maltrechos por el largo asedio.

12 De tales pastores fue digna la iglesia de Laodicea, donde los dos se sucedieron después que emigraron allá desde la ciudad de Alejandría, con ayuda de la providencia divina, al terminar la mencionada guerra.

13 Verdaderamente no son muchas las obras compuestas por Anatolio, pero a nosotros han llegado las suficientes para poder percibir a través de ellas su elocuencia y su mucha erudición. En ellas presenta sobre todo sus opiniones acerca de la Pascua, de las

cuales quizá sea necesario mencionar en la presente obra lo siguiente: Extracto de los *Cánones de Anatolio sobre la Pascua*.

14 «Tienc, pues, en el primer año, el novilunio del primer mes, que es el comienzo del período de diecinueve años, el 26 de Famenoz según los egipcios, el 22 de Distro, según los meses de los macedonios y, como dirían los romanos, el undécimo antes de las calendas de abril <sup>314</sup>.

15 »El sol se encuentra el mencionado día 26 de Famenoz, no sólo entrado en el primer segmento, sino en el cuarto día de su paso por él. Se acostumbra a llamar a este segmento el primer *dodecatemorió*n, equinoccio, comienzo de los meses, cabeza del ciclo y suelta del curso de los planetas. El que le precede es el último de los meses, el duodécimo siguiente, último *dodecatemorió*n y final del curso de los planetas. Por lo cual decimos que yerran no poco y gravemente quienes sitúan en él el primer mes y, en consecuencia, toman el decimocuarto día como día de la Pascua.

16 »No es ésta nuestra doctrina; en cambio, la conocían ya los judíos antiguos <sup>315</sup>, incluso de antes de Cristo, y la guardaban con todo esmero. Se puede saber por lo que dijeron Filón <sup>316</sup>, Josefo <sup>317</sup> y Museo, y no sólo éstos, sino también los que son más antiguos, los dos Agatóbulo <sup>318</sup>, apellidados los maestros de Aristóbulo <sup>319</sup>, el famoso, que fue de los Setenta que tradujeron para

Tolomeo Filadelfo y para el padre de éste las sagradas y divinas Escrituras <sup>320</sup> de los hebreos y dedicó a los mismos reyes libros de exégesis de la ley de Moisés.

17 »Estos, al resolver los problemas del *Exodo*, dicen que todos han de sacrificar la Pascua por igual, después del equinoccio de primavera, al mediar el primer mes, y que esto se halla cuando el sol atraviesa el primer segmento de la elíptica solar o—como la nombra alguno de ellos—del zodiaco. Por su parte, Aristóbulo añade que en la fiesta de Pascua no sólo el sol, sino también la luna, deben forzosamente atravesar el segmento equinoccial,

18 »porque, siendo dos los segmentos equinocciales—uno de primavera y otro de otoño—, diametralmente opuestos entre sí, y dado que el día de la fiesta pascual es el decimocuarto del mes, por la tarde, la luna tomará la posición diametralmente opuesta respecto del sol, como efectivamente se puede ver en los plenilunios; y entonces el sol estará en el segmento equinoccial de primavera, y la luna, forzosamente, en el segmento equinoccial de otoño.

19 »Sé que estos hombres dijeron también muchísimas otras cosas, ora verosímiles, ora avanzadas, conforme a rigurosas <sup>321</sup> demostraciones, mediante las cuales intentaban establecer que la fiesta de Pascua y de los ácidos debía celebrarse a toda costa después del equinoccio. Pero yo paso por alto el pedir tales materiales de demostración a aquellos para quienes el velo que cubría la ley de Moisés está descorrido y en adelante pueden ya contemplar siempre con

rostro descubierto a Cristo y las enseñanzas y los sufrimientos de Cristo <sup>322</sup>. Ahora bien, que entre los hebreos, el primer mes cae en torno al equinoccio, lo dan a entender incluso las enseñanzas del libro de *Henoc* <sup>323</sup>.

**20** Y él mismo ha dejado también unas *Introducciones aritméticas* en diez libros enteros, y otras pruebas de su estudio asiduo y gran experiencia de las cosas divinas.

**21** El obispo de Cesarea de Palestina, Teotecno, fue el primero que le impuso las manos para el episcopado, buscando de antemano procurar a su iglesia un sucesor suyo para después de la muerte. Y, efectivamente, por espacio de un breve tiempo ambos presidieron la misma iglesia <sup>324</sup>, pero habiéndole llamado a Antioquía el concilio reunido contra Pablo, al pasar por la ciudad de Laodicea, lo retuvieron en su poder los hermanos de allí, por haber muerto Eusebio.

**22** Pero habiendo partido de esta vida también Anatolio, se nombra a Esteban, último obispo de aquella iglesia antes de la persecución. Admirado por muchos en razón de sus doctrinas filosóficas y de todo el resto de su cultura griega, no tenía, sin embargo, las mismas disposiciones respecto de la fe divina, como lo demostró el transcurso de la persecución, que puso al descubierto al hombre solapado, cobarde y poco viril, más bien que al verdadero filósofo.

**23** Pero no iba a arruinarse por esto la iglesia; antes bien el mismo Dios y salvador de todos la restableció, haciendo que inmediatamente se proclamara obispo de aquella iglesia a Teodoto, un

hombre que con sus mismas obras hacía realidad lo que su nombre propio y el de obispo significan <sup>325</sup>. Efectivamente, en primer lugar destacaba en la ciencia que cura los cuerpos; pero es que en la terapéutica de las almas no tuvo igual, por su amor a los hombres, su nobleza, su compasión y su celo por ser útil a los que le necesitaban. También se había ejercitado mucho en lo que atañe a las enseñanzas divinas.

Tal era Teodoto.

**24** En Cesarea de Palestina, a Teotecno, que había ejercido con toda solicitud su episcopado, le sucede Agapio <sup>326</sup>, de quien sabemos que bregó mucho, desplegando la más generosa providencia en la protección del pueblo y cuidando de todos con mano abundante, especialmente de los pobres.

**25** En su tiempo conocimos a Pánfilo <sup>327</sup>, hombre distinguidísimo, verdadero filósofo por su vida misma y considerado digno del presbiterado de la comunidad local. No sería pequeño tema mostrar quién era y de dónde procedía, pero cada aspecto de su vida y de la escuela que él constituyó, así como sus combates en diferentes confesiones cuando la persecución y la corona del martirio que se ciñó al final de todo, lo hemos explicado al pormenor en la obra especial sobre él <sup>328</sup>.

**26** Pues bien, éste fue el más admirable de todos los de aquí. Sin embargo, entre los más cercanos a nuestro tiempo sabemos de hom-

bres de muy rara cualidad: Pierio <sup>329</sup>, un presbítero de Alejandría, y Melicio, obispo de las iglesias del Ponto <sup>330</sup>.

27 El primero se ha hecho notar por una vida enteramente pobre y por sus conocimientos filosóficos, habiéndose ejercitado extraordinariamente en especulaciones y comentarios acerca de las cosas divinas y en homilias públicas en la iglesia. Y Melicio (la miel del Atica <sup>331</sup> le llamaban las gentes instruidas) era tal como uno lo describía: el más perfecto por toda su doctrina. Es imposible admirar como se merece el vigor de su retórica, pero se podría decir que él lo tenía por naturaleza. Y en cuanto a pericia en lo demás y vasta erudición, ¿quién podría sobrepasar su excelencia?

28 Antes que hicieras la prueba con él una sola vez, dirías que en verdad era el hombre más hábil y más impuesto en todas las ciencias del razonar. Además, su vida virtuosa estaba también a la altura. Nosotros le hemos observado durante siete años completos cuando, con ocasión de la persecución, anduvo fugitivo de un lado para otro por las regiones de Palestina.

29 En la iglesia de Jerusalén, después de Himeneo—el obispo mencionado un poco más arriba <sup>332</sup>—, recibe el ministerio Zabdas <sup>333</sup>. Muerto éste no mucho después, recibe en sucesión el trono apostólico, allí conservado todavía hasta hoy <sup>334</sup>, Hermón, último obispo hasta la persecución de nuestros tiempos <sup>335</sup>.

30 Y en Alejandría es Teonas quien sucede a Máximo, que

ejerció el episcopado, tras la muerte de Dionisio, dieciocho años <sup>336</sup>. En su tiempo era célebre en Alejandría Aquilas <sup>337</sup>, considerado digno del presbiterado a la vez que Pierio. Estaba encargado de la escuela de la fe sagrada <sup>338</sup> y dio pruebas de una obra filosófica de muy rara calidad, no inferior a la de ninguno, y de una conducta genuinamente evangélica.

**31** Y después de Teonas, que sirvió durante diecinueve años, recibe en sucesión el episcopado de los alejandrinos Pedro <sup>339</sup>, que también se distinguió muy especialmente durante doce años enteros. Habiendo empleado los tres primeros años anteriores a la persecución, no completos, en gobernar la iglesia, el resto de su vida se entregó a una ascesis bastante más vigorosa, y, sin ocultarse, velaba por el común provecho de las iglesias. Y así fue como el año noveno de la persecución fue decapitado y se adornó con la corona del martirio.

**32** Después de haber descrito en estos libros el tema de las sucesiones <sup>340</sup>, desde el nacimiento de nuestro Salvador hasta la destrucción de los oratorios, lo que abarca unos trescientos cinco años, a continuación vamos a dejar por escrito, para que lo sepan los que vengan detrás de nosotros, cuántos y de qué índole han sido los combates de los que en nuestros días se han portado virilmente en defensa de la religión.